

ciones suscitadas en torno suyo, y resolvió tomar á Esmolensko por asalto (1). Haber ido tan lejos para fluctuar delante de los rusos, para economizar hombres en la pelea, cuando se economizaban tan poco en las marchas, vacilar sobre perder diez mil en una jornada, que podría ser de efecto moral inmenso, cuando en tres ó cuatro días de camino se perdía el doble sin hacer más que desalentarse, no era conducta que le acomodara, ni podía ser sostenible, una vez admitida esta guerra. De consiguiente dió la señal de ataque á las diez ó las once de la mañana: los rusos inmóviles no pensaban en cruzar el Dnieper: se necesitaba, pues, irlos á buscar á Esmolensko, á riesgo de verter mucha sangre, pero casi con la certidumbre de sepultar á doce ó quince mil de ellos bajo las ruinas de la vieja ciudad moscovita, y de producir en el alma de aquellos soldados exaltados, ya que no un absoluto abatimiento, una impresión de terror muy fuerte.

Dada la señal, cada cual acometió á los rusos según el puesto que ocupaba. A la derecha la caballería contenida al principio, fué lanzada sobre la meseta que se había dejado vacante y que se extendía hasta el Dnieper. Los escuadrones del general Bruyere arrollaron una brigada de dragones rusos y protegieron el establecimiento de una batería de sesenta bocas de fuego, que Napoleón ordenó disponer á la misma orilla del río para cañonear á Esmolensko, para enlazar el puente que servía de comunicación entre las dos partes de la ciudad, y batir de este modo la orilla opuesta, donde los rusos se hallaban en batalla: contestar quiso la artillería enemiga, pero en breve fué reducida al silencio.

Durante esta operación preliminar ejecutada á nuestra extrema derecha, adelantándose el príncipe Poniatowski entre la derecha y el centro con su infantería, atacó francamente los arrabales de Raczenska y de Nikolskoie, defendidos por la división de Neveroffskoi, y llegó á la cabeza de ellos con sus bizarras tropas. En el centro el mariscal Davout arrolló las avanzadas rusas hacia los arrabales de Roslawl y de Micislaw, y comenzó un fuego violento contra ellos y la ciudad, que defendían por este lado las divisiones de Konownitsín y Kapsewitch. Adelantándose Ney por la izquierda con tres divisiones, y dejando otra de reserva, fué á acometer por medio de la división de Marchand la ciudadela, contra la cual se había estrellado el regimiento 46 el día antes. Espesa maleza impedía distinguir la forma y la debilidad de esta ciudadela, construída de tierra, no empalizada y de fácil acceso. No se atrevió Ney á llevarla de un golpe de mano, por causa del recuerdo

(1) El coronel Boutourlín en su obra ya citada, y tan imparcial como puede serlo una obra enemiga, escrita en el momento en que se hallaban en todo su hervor las pasiones, ha acusado mucho á Napoleón por haber derramado sin utilidad torrentes de sangre delante de Esmolensko, en vez de remontar el Dnieper y pasarlo sobre la izquierda de los rusos. Los pormenores en que hemos entrado, prueban la necesidad de conocer bien los hechos y pensarlos, antes de acusar á Napoleón de no haberle ocurrido pensar sobre el terreno en la idea que era practicable. Ocasión daba á la crítica siempre que le extraviaban las pasiones. Cuando obraba sobre el terreno, sin ceder á ninguna de las pasiones, que le dominaban á menudo, es raro, y difícilmente se podrían citar ejemplos, que faltara á lo que convenía hacer, y que hubiera combinación alguna ejecutable que se le escapara. Nueva prueba suministran de ello los pormenores que aquí damos y hemos bebido en auténticas fuentes. (N. del A.)

de lo que le había acontecido; pero penetró en el arrabal de Krasnoe, arrollando á la división de Likhaczeff, que lo defendía, hasta los fosos de la plaza.

Este era el momento escogido para el ataque principal, que debía ejecutar el mariscal Davout contra los arrabales de Micislaw y de Roslawl. Separándolos un ancho camino, bajaba á los de la ciudad y conducía á la puerta de Malakofskia. Ante todo dirigió el mariscal á la división de Morand sobre este camino con el fin de que le ocupara, y aislara así á los dos arrabales uno de otro, é hiciera más fácil el ataque de frente de que iban á ser blanco. Guiado por el general Daltón el 13 de ligeros, y apoyado por el 30 de línea, acometió á la bayoneta á las tropas enemigas situadas delante del camino, las arrolló con vigor irresistible, arreatólas un cementerio donde se hallaban establecidas, y empeñándose de seguida en el mismo camino, bajo una granizada de balas que llovían de todas partes, superó todos los obstáculos y á la vista del ejército, poseído de admiración, rechazó hasta el recinto de la ciudad á los rusos. Con la brava división de Konownitsín habían venido á las manos los regimientos 13 y 30 sembrando la tierra de cadáveres. Al par y algo á la izquierda, la división de Gudin, guiada por su general y el mariscal Davout en persona, atacó no menos vigorosamente el gran arrabal de Micislaw, defendido por la división de Kapsewitch, á la cual rechazó primeramente en la entrada del arrabal á la bayoneta, luego penetró allí detrás de ella, expulsóla de calle en calle, y la llevó así hasta el borde del foso, en el momento en que también la división de Morand llegaba por el camino real á este punto. A la derecha la división de Friant se apoderó del arrabal de Roslawl con menos trabajo, y llegó como las otras dos divisiones delante del recinto, donde pudieran ser abrasadas, si hubiera dispuestas en la muralla antiguas troneras para la artillería. Sin embargo, algunas balas y bombas recibieron de las torres; pero más tuvieron que sufrir los rusos, porque, rechazados con las puntas de las bayonetas hasta los fosos de Esmolensko, y fusilados después á quemarropa, sólo podían entrar en la ciudad por algunas escasas avenidas practicadas en el recinto.

No obstante los rusos, á quienes Barclay de Tolly había enviado de refuerzo la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, trataron de volver á tomar la ofensiva, ejecutando salidas violentas por las puertas de Nikolskoie y de Malakofskia. Llegado el príncipe Poniatowski delante de la puerta de Nikolskoie hubo menester de toda la bravura de sus polacos para repeler dentro de la ciudad á los rusos. No menor denuedo necesitó el mariscal Davout delante de la puerta de Malakofskia. Tenía que habérselas con las divisiones de Konownitsín y del príncipe de Wurtemberg, vueltas furiosamente á la carga: sin embargo, las rechazó y obligólas á meterse de nuevo por la puerta de Malakofskia, desde donde habían intentado el desemboque. Habiendo llevado allí á este tiempo el general Sorbier la reserva de artillería de la guardia, compuesta de piezas de á doce, se la dispuso de modo que cogiera los fosos de enfilada así á la derecha como á la izquierda, lo cual obligó á los rusos á encerrarse definitivamente en Esmolensko. Entonces se dirigió contra el recinto de la ciudad toda la artillería, pero dando las balas en

el viejo muro, no se producía gran efecto. Recurrióse á otro arbitrio y fué el de disparar contra la plaza por encima de los muros, empleándose á este fin muchos centenares de cañones. Cada proyectil destrozaba casas ó mataba en gran número los defensores aglomerados en calles y plazas.

Al cabo de seis horas de este combate horroroso, el obstáculo del recinto que ni podíamos forzar nosotros, ni osaban transponer los rusos, acabó por separar á los combatientes. Hacia el centro lo previno todo el mariscal Davout para tomar la ciudad á la otra mañana, después de abrumarla toda la noche con destructores proyectiles. Napoleón le envió á decir que era forzoso tomarla á todo trance, dejándole la elección de los medios. Y á la verdad, sin producir una impresión moral de las más tristes, y sobre todo después de haber perdido tantos soldados, no se podía aceptar el papel de gentes que habían sido rechazadas.

De acuerdo el mariscal Davout con el general Haxo, que bajo un fuego espantoso fué á reconocer el recinto, determinó dar el asalto por un punto que parecía accesible y que estaba situado hacia nuestra derecha, entre los lugares ocupados respectivamente por el primer cuerpo y el príncipe Poniatowski. Allí había una antigua brecha, llamada de Sigismundo, nunca reparada y cercada sólo por un espolón de tierra. Habiendo declarado abordable la posición el general Haxo, destinó el mariscal Davout al general Friant el honor de llevar su división al asalto á otro día.

Espantosa fué la noche. Haciendo al fin los rusos el sacrificio de esta ciudad amada, se unieron á nosotros para destruirla, y la prendieron de propia voluntad el fuego que nosotros la prendíamos involuntariamente con nuestras bombas. En medio de la obscuridad se vieron brotar de improviso torrentes de llamas y de humo. De pie el ejército sobre las cumbres, asombróse vivamente á la vista de espectáculo tan extraordinario, semejante á una erupción del Vesubio en una noche de verano (1). A su aspecto presintióse todo el furor que iba á caracterizar la presente guerra, lo cual produjo conmoción, aunque no espanto. Nuestra numerosa artillería acrecentó las llamas de este incendio, para hacer la mansión de Esmolensko inhabitable al enemigo.

Con efecto, la sangre derramada copiosamente por los rusos había satisfecho á su honor, á su deber, á su piedad religiosa, á todos los sentimientos que les impulsaron á combatir en esta coyuntura. Barclay de Tolly, después de sacrificar el cálculo al sentimiento, vuelto otra vez al cálculo, ordenó á Doctoroff, á Neveroffskoi, al príncipe Eugenio de Wurtemberg, que evacuaran á Esmolensko durante la noche, lo cual ejecutaron sin sin prender fuego en todas partes, para entregarnos el cadáver calcinado más bien que el cuerpo de esta gran ciudad.

Habiéndose aproximado al despuntar el día algunos soldados del mariscal Davout á la trinchera de tierra, de que debían apoderarse, y no hallándola defendida, treparon á lo alto, oyeron el acento eslavo á la otra parte, al pronto creyeron haber caído en medio de los rusos, pero muy luego reconocieron á los polacos, que acababan de penetrar por el arrabal de Raczenska, les

alargaron la mano y corrieron á comunicar al mariscal esta feliz nueva. Entonces penetraron en masa dentro de la ciudad y se apresuraron á disputársela á las llamas, con la esperanza de salvar parte de ella. Por cada francés había dos ó tres rusos muertos en los arrabales, cosa que se explica por el efecto mortífero de nuestra artillería, y por la situación de los rusos, plantados largo tiempo entre los arrabales y el recinto. Nuestra pérdida efectiva fué de seis á siete mil hombres, entre muertos y heridos, y la de los rusos, según los cálculos más exactos, de doce á trece mil por lo menos (2).

Considerables eran los destrozos del fuego, destruídos estaban los principales almacenes, y se contaban pérdidas inmensas y sobre todo en géneros coloniales. A mayor abundamiento figuraban los rusos como autores de tal estrago, disminuyendo por su parte el mérito de este sacrificio la circunstancia de ser el ejército y sus caudillos los que devastaban las propiedades pertenecientes á pobres mercaderes, y así satisfacían su rabia á costa ajena. En su mayoría estaban huídos los moradores, y los que se quedaron por falta de tiempo ó de recursos para la fuga, se hallaban reunidos en la iglesia principal de Esmolensko, antigua basílica bizantina, muy renombrada entre los rusos. Allí había mujeres, viejos y niños, aterrorizados, abrazando los altares y anegados en llanto. Por dicha nuestros proyectiles habían perdonado al venerando edificio, y nos habían ahorrado la pena de causar inútiles profanaciones. Tranquilizóse á aquellos infelices, y se procuró volverlos á aquellos de sus hogares no devorados por el incendio. Las calles ofrecían el espectáculo repugnante de muer-

(2) No se comprende que Mr. Boutourlín haya podido atribuir á los franceses una pérdida de veinte mil hombres y á los rusos de seis mil tan sólo. Forzoso es decir que nunca se han desfigurado tanto los hechos. El testimonio del doctor Larrey, testigo verídico y generalmente bien informado, calcula la pérdida de los franceses en cerca de mil doscientos muertos y de seis mil heridos. Según los testimonios de la administración asciende á menos el guarismo. Después de comparar los diferentes documentos, juzgo que fué mayor el número de muertos que el doctor Larrey calcula por nuestra parte y menor el de heridos; y que aproximándose á la verdad en lo posible, nuestra pérdida subió á siete mil hombres fuera de combate, entre muertos y heridos. Ni podían ser inutilizados por el fuego veinte mil hombres, no pasando de cuarenta y cinco mil los que atacaron á Esmolensko, pues realmente sólo este número de tropas se hallaron empeñadas, diga Mr. de Boutourlín lo que quiera, asegurando que de nuestra parte combatieron setenta y dos mil hombres. Todo lo más combatieron del lado del mariscal Ney quince mil hombres, catorce ó quince mil del lado del mariscal Davout y algunos menos del lado del príncipe Poniatowski. Es de consiguiente una exageración ridícula el número de veinte mil hombres caídos en nuestras filas, pues se necesitara que sucumbieran la mitad de los acometedores. En cuanto á las pérdidas de los contrarios, los testigos menos favorablemente dispuestos concuerdan en que por cada francés cayeron muchos rusos delante de Esmolensko. El doctor Larrey especialmente, no procurando dulcificar el cuadro de la campaña de 1812, lo afirma de la manera más positiva. Con más razón se podría atribuir á los rusos que á los franceses la cifra de veinte mil muertos ó heridos. Lo más verosímil, comparando todas las relaciones, es que los rusos perdieron de doce á trece mil soldados. Nos parece este número más inferior que superior á la verdad, sobre todo cuando se piensa en la fuerza atribuída al ejército ruso después del combate de Esmolensko. Por lo demás, según nuestra costumbre, sólo damos estos cálculos como aproximativos. Se hace perder su gravedad á la historia cuando se muestra uno muy afirmativo en cuestiones de esta naturaleza. Siendo modesta en su pretensión de descubrir la verdad puede únicamente merecer confianza la historia cuando afirma de plano. (N. del A.)

(1) Tal es la frase de Napoleón en su boletín. (N. del A.)

tos y heridos rusos tendidos por el suelo. Casi al mismo tiempo que á los heridos franceses los hizo recoger el excelente doctor Larrey, persistiendo en su bondad natural y en su noble política de cuidar á los heridos del enemigo, para que á su vez el enemigo cuidara de los nuestros. Pero el furor nacional, exaltado hasta el último extremo en nuestra contra, debía hacer su cálculo casi infructuoso.

No obstante la embriaguez del combate y del triunfo, nuestro ejército experimentó una emoción penosa al entrar en Esmolensko. Antes en nuestras largas carreras triunfales, cuando penetrábamos en las ciudades conquistadas, y pasado el primer momento de espanto, los moradores, tranquilizados por la benevolencia habitual del soldado francés, volvían á sus hogares, que no habían pensado en destruir, y de cuyos recursos se apresuraban á hacernos partícipes. No había más incendios que los prendidos involuntariamente por nuestras bombas. En esta última campaña, y sobre todo después de transpuesta la frontera moscovita, no hallábamos por dondequiera más que soledad y llamas, y si quedaban en nuestro poder algunos contadísimos habitantes, se pintaban el odio y el terror en sus rostros. Hasta faltaban los judíos, tan numerosos en Polonia, tan serviciales por codicia, tan diligentes en ofrecernos una hospitalidad repugnante, si bien provechosa, pues no los había más allá de la frontera polaca. Al ver aquellas llamas, aquella soledad, aquellos cadáveres tendidos por las calles, nuestros soldados empezaron á comprender que no se trataba de una guerra como habían visto tantas, y en las cuales con actos brillantes y con humanidad se desarmaba al enemigo: se les alcanzó que era más grave lucha, pero la pasión por lo extraordinario les dominaba y les arrastraba; la presencia de Napoleón les arrebatava siempre, y creían marchar á una expedición maravillosa, que superaba á todas las de la edad antigua.

Napoleón recorrió los arrabales y la ciudad á caballo; luego fué á situarse en una de las torres que flanqueaban el recinto hacia la parte del Dnieper, y desde la cual se podía descubrir lo que pasaba más allá de este río. Á los rusos vió ocupando la otra orilla y manteniendo aún la ciudad nueva, si bien aprestándose evidentemente á evacuarla, y no pensando en defenderla más que el tiempo necesario para conseguirlo. De consiguiente asegurar el paso del Dnieper era la principal operación de esta jornada. Habiendo destruído los rusos el puente que unía la antigua ciudad á la nueva, no lo hicieron de modo de impedir que nuestros intrépidos infantes pasaran el río, andando por la cabeza de las estacas no quemadas del todo. Algunos habían usado de este medio para ir más allá del Dnieper á hacer disparos, si bien fueron repelidos ó quedaron prisioneros. El emperador ordenó al general Eblé que echara puentes, y éste apresuróse á emplear con actividad sus pontoneros y las tropas del mariscal Ney en tan importante trabajo.

Aunque vencedor en todas partes del enemigo, sentía Napoleón un desengaño muy triste hasta en medio de la victoria, hasta en el seno de una ciudad tomada por asalto. Esta era su tercera gran maniobra que fracasaba desde la apertura de la presente campaña. No pudo atajar en Bobruisk á Bagratión, intentó vanamen-

te rebasar á Barclay de Tolly entre Polotsk y Vitebsk, y ahora, después de uno de los movimientos más hábiles y más atrevidos, para tomar la delantera á los dos ejércitos reunidos de Bagratión y de Barclay, acababa de ser detenido por Esmolensko, que, sucumbiendo y todo, le había hecho perder los días 16 y 17 de agosto, y le iba á costar además el día 18. Ya desde entonces carecía de fundamento la esperanza de rebasar la izquierda del enemigo, desembocando más allá del Dnieper en tiempo oportuno, pues se necesitaba todo el día para echar los puentes, y en este intervalo debían ganar terreno de sobra los rusos para substraerse á todas nuestras maniobras. Todavía pensó Napoleón en buscar un vado más allá de Esmolensko, y encargólo á Junot, que extraviándose el día 17, se había remontado bastante hacia nuestra derecha. Pero nada podía impedir que los rusos nos llevaran un día de delantera, ni que estuviesen por tanto en aptitud de precedernos en el camino de San Petersburgo ó de Moscou. Así Napoleón entró afectado y triste en la mansión que se le había reservado en Esmolensko, y vengóse de sus disgustos censurando sobremanera la torpeza de los generales enemigos, que, en su concepto, acababan de sacrificar doce mil hombres sin ningún motivo razonable. Con efecto, su conducta no se justificara, si no hubieran obedecido á un sentimiento poderoso; pero cedieron á un impulso irresistible al hacer cuanto estuvo á su alcance por disputarnos la ciudad de Esmolensko, y aun cuando sea la razón la verdadera luz que, así en la guerra como en la política haya de seguirse, forzoso es reconocer que el corazón no se extravía siempre, y los rusos deteniéndose dos días delante de Esmolensko, sin que lo echaran de ver se habían salvado de la más peligrosa de las combinaciones de su adversario formidable. Aun habiendo perdido á Esmolensko, y miles de hombres, les tenía menos confusos que al mismo Napoleón el suceso.

Jueces severos, tan rigurosos contra Napoleón después de su caída como la fortuna, le han atribuído el mal éxito de sus combinaciones, tan profundamente concebidas, á pesar de todo, como todas las que han inmortalizado su genio. Le han dirigido cargos, cuyo mayor ó menor fundamento pueden mostrar los hechos aquí referidos. En el proyecto de envolver al príncipe Bagratión, ó de aislarle á lo menos para el resto de la campaña, se ha visto efectivamente que Napoleón no avaloró con bastante exactitud las dificultades que el país y las distancias opondrían á la incorporación del rey Jerónimo con el mariscal Davout; que maltrató mucho á su joven hermano, y que puso á disposición del mariscal muy pocas tropas. De consiguiente se le podía imputar una parte de este primer mal suceso.

En el proyecto de desfilarse delante del campo de Drisa, de pasar luego de súbito el Dwina entre Polotsk y Vitebsk y de rebasar á Barclay de Tolly, para cogerle de revés, correspondió la ejecución á la concepción, y sólo se le podía culpar de una cosa, y era de haber enseñado á fuerza de guerras el modo de hacerla á sus enemigos, los cuales, advirtiendo á tiempo el peligro, le evitaron con hacer violencia á su maestro. Finalmente, en el último proyecto se ha reconvenido á Napoleón por haber avanzado tanto para su movimiento giratorio, por haberlo llevado hasta cruzar el Dnieper y luego

repararlo en Esmolensko: se ha dicho que debiera detenerse antes de llegar á este río, remontarlo por la orilla derecha en vez de remontarlo por la izquierda y rebasar á los rusos hacia Nadwa. Pero los hechos demuestran que había pesado todas estas eventualidades de concierto con el mariscal Davout, y que después de maduras reflexiones determinó caminar por la orilla izquierda, no ocupada por los rusos, lo cual le ofrecía para rebasarlos una travesía más expedita y más segura, aunque más larga. Y con efecto, de los sucesos resulta que, si hubiera seguido el dictamen contrario, hallara á Bagratión batiéndose desesperadamente en Nadwa, que probablemente atrajera á la masa de los rusos sobre su izquierda, y corriera el riesgo de que se arrinconaran junto al Dnieper. Aquí le justifican los hechos del todo. Otros jueces han dicho que, en vez de tratar de rebasar á los rusos por su izquierda, debió de pensar en rebasarlos por su derecha, esto es, entre Vitebsk y Sourage; que por consiguiente debió remontar el Dwina, y volver luego sobre los rusos por su derecha, para acorralarlos sobre el Dnieper. Pero el mapa demuestra que su cálculo era muy preferible al de sus censores, porque repeliendo á los rusos sobre el Dnieper los repeliera hacia el puente de Esmolensko, que pasaran sin trabajo, después de lo cual hubieran ganado libremente lo interior del imperio por las provincias meridionales, que eran las más fértiles y ofrecían más vasto campo á una retirada continua. Al contrario, rebasándolos por su izquierda y repeliéndolos sobre el Dwina, los rechazaba hacia un ángulo formado por el mar y este río, pudiendo así no dejarles ningún escape. Para esto bastaba que los rebasara y los tomase uno ó dos días de delantera. Esta fué la razón profunda por la cual aspiró siempre á rebasar por la izquierda, y no por la derecha, á los rusos acampados junto al Dwina. Evidentemente lo que le hizo fracasar en este punto fué la alerta en que los halló á todos, la energía que desplegaron en Esmolensko; y no es su genio militar lo que le sorprende en falta, sino lo que llamamos su política, su política que le condujo á arrostrar los lugares, cualesquiera que fuesen, y á empujar á los hombres á la desesperación á fuerza de querer dominarlos. Ahora bien; no considerados los lugares, empujados á la desesperación de los hombres, ¿qué otra cosa se halla que la naturaleza de las cosas resistiendo invenciblemente á quien pretende violentarla?

Mientras Napoleón penetraba en lo interior de Esmolensko para dedicar la atención á sus tropas, mientras nuestros pontoneros, á pesar del vivísimo fuego de fusilería, se apresuraban á echar los puentes, se ocupaban los generales rusos en asegurar su retirada. Necesidad tenían de darse prisa, porque, prolongándose el camino de Moscou á la orilla derecha del Dnieper algunas leguas, se hallaban expuestos á todas las tentativas de los franceses, que podían muy bien acabar por descubrir los vados del río y por cruzarlo para atajarles el paso. Pero, si se necesita poco tiempo para resolverse en el sentido de la pasión general, muy de otra manera sucede cuando es la resolución en sentido opuesto. Barclay de Tolly, que á cada paso retrógrado hería las pasiones de su ejército, no tomó hasta el 18 por la noche, y cuando ya estaban acabados nuestros puentes, el partido de abandonar definitivamente á los franceses la ciudad nueva.



Larrey, cirujano en jefe del ejército francés en Rusia

de Esmolensko, y otra en Dorogobouga, que se halla á dos jornadas de distancia. En Solowievo el camino de Moscou pasaba de la orilla derecha del Dnieper, ocupada por los rusos, á la orilla izquierda, donde se encontraban los franceses. De consiguiente podía ser detenido allí el ejército que iba de retirada. En Dorogobouga, donde halla al Dnieper el camino por vez postrera, se veía detrás del Ouja, riachuelo que desagua en el Dnieper, una posición que les era útil ocupar antes que nosotros. El general Barclay de Tolly resolvió que el príncipe Bagratión se trasladara de seguida á Dorogobouga, y determinó dirigirse á Solowievo en persona, partiendo el 18 por la noche, y marchando toda ella, con el fin de llegar allí á tiempo. Pero esta retirada fácil para el príncipe Bagratión por llevar mucha delantera, no tenía igual carácter para Barclay de Tolly, que aún estaba en Esmolensko y no debía salir de allí hasta la última hora. Además el camino de Moscou seguía tan de cerca el curso del Dnieper durante dos leguas, que estaba expuesto á una súbita irrupción de los franceses. Para evitar este peligro concibió el general Barclay de Tolly la idea de tomar caminos de travesía que le colocaran

fuera de su alcance, y le condujeran sobre el camino real á distancia de tres ó cuatro leguas, hacia un lugar llamado Loubino.

Por consecuencia dividió en dos columnas el ejército que se hallaba á sus órdenes inmediatas. Una compuesta de los cuerpos 5.º y 6.º, bajo el general Doctoroff, de los cuerpos 2.º y 3.º de caballería, de toda la reserva de la artillería y los bagajes, debió de hacer el rodeo más largo y de pasar por Zikolino para desembocar en Solowievo. La segunda, compuesta de los cuerpos 2.º, 3.º y 4.º, y del 1.º de caballería, dirigida por el teniente general Touczkoff, debía de hacer un rodeo más corto, y de pasar por Krahotkino y por Gotbounowo, para desembocar en Loubino. Sin embargo, el general Barclay de Tolly, que no había enviado por el camino recto más que cuatro regimientos de cosacos á las órdenes del general Karpoff, temió que no bastaran para ocupar el punto de Loubino, por donde se junta al camino real el de travesía, y destacó al mayor general Touczkoff III, hermano del que mandaba la segunda columna, con otros tres regimientos de cosacos, los húsares de Elisabethgrad, el regimiento de Revel y el 20.º y el 21.º de cazadores. Cinco ó seis mil hombres eran de todas armas, encargados de apoderarse oportunamente del desemboque, por donde la segunda columna, que era la más expuesta, debía ganar el camino real. Por la vía recta y desde muy temprano envió sus últimas tropas, y le salió á maravilla, según va á verse. Adoptadas estas disposiciones, puso todo su ejército en movimiento durante la noche del 18 al 19, y dejó delante de Esmolensko una retaguardia á las órdenes del general Korff.

A la caída de la tarde del 18, ya los franceses tenían muy adelantado el establecimiento de sus puentes, y empezaron á trasladarse al otro lado del Dnieper durante la noche. Á la mañana del 19 pasó Ney el río con su cuerpo á fin de emprender la persecución del enemigo, y lo propio hizo Davout con el suyo. Batallóse contra la retaguardia del general Korff y se la rechazó vivamente. Ya en las alturas de la orilla derecha se dilataban hacia adelante dos caminos, uno elevándose rectamente al Norte conducía por Poreczie y el Dwina en dirección de San Petersburgo, otro dirigiéndose al Este y prolongándose junto al Dnieper, llevaba por Solowievo y Dorogobouga en dirección de Moscou. Sobre uno y otro se veían retaguardias enemigas, lo cual era natural, pues el grueso del ejército de Barclay de Tolly, destinado á tomar los caminos de travesía, debía seguir un momento la carretera de San Petersburgo, y al revés el destacamento del general Karpoff, enviado por la vía más corta, para apoderarse del desemboque de Loubino, debía seguir simplemente el camino de Moscou.

Vacilante Ney corrió contra el destacamento que tenía más cerca, el cual marchaba por el camino de San Petersburgo, acometióle y le repelió á lo lejos. Esto acontecía en un lugar llamado Gedeonowo (1). Con susto Barclay de Tolly al ver á los franceses tan cerca

(1) El historiador Bourtonfin ha colocado el lugar del choque en Gorbounowo: el príncipe Eugenio de Wurtemberg, en una relación más moderna, lo ha colocado en Gedeonowo: poco importa este detalle, lo que importa es el fondo del hecho, dondequiera que se sitúe, y este fondo es incontestable. (N. del A.)

y en actitud de interceptar los caminos de travesía reservados á las dos columnas de su ejército, acudió sin demora, y ordenó al príncipe Eugenio de Wurtemberg que conservara este punto á toda costa, para dar tiempo de desfilar á los que aún quedaban á la espalda. Allí se combatió con gran tesón por parte de los rusos, que cifraban su salvación en conservar el puesto disputado, con mucha menos insistencia por parte de los franceses, que no tenían objeto determinado alguno, y trataban sólo de ilustrarse con numerosos reconocimientos acerca de la dirección tomada por el enemigo. De consiguiente los rusos quedaron dueños de Gedeonowo.

Así corría la mañana, cuando Napoleón sobrevino, y mirando ya hacia el Norte, ya hacia el Este, por el movimiento general de las tropas reconoció que en dirección de Moscou se debía operar la retirada de los rusos. Así atrajo al mariscal Ney que se encarnizaba en batallar sobre el camino de San Petersburgo, y trasladóle al de Moscou, afirmándole que, si marchaba presurosamente, antes de que el día espirase recogería algún brillante trofeo. Hizo que por el propio camino de Moscou le siguiera parte de las tropas del mariscal Davout, á fin de que le apoyara si la necesidad lo requiriera, pero dejó la otra parte sobre el camino de San Petersburgo para ilustrarse en todas direcciones, y volvió á entrar en Esmolensko, adonde le llamaban diversos cuidados. Para abrazar un partido definitivo aguardaba el resultado de los reconocimientos que debían ejecutar sus lugartenientes.

El mariscal Ney con sus tres divisiones siguió al destacamento ruso encargado de ocupar el desemboque de Loubino, mandado, según se ha dicho, por el mayor general Touczkoff III. Le alcanzó sobre la meseta de Valoutina, donde, según las tradiciones del país, frecuentemente habían peleado los polacos y los rusos. Éstos, apreciando la importancia de la tarea que les estaba encomendada, se batieron con grandes bríos, mas fueron rechazados de esta meseta á un pequeño valle extendido á su respaldo, lo cruzaron lo mejor que les fué posible, treparon á otra meseta, que encontraron al paso, defendieronla con igual bizarria, y también fueron repelidos, por lo cual se retiraron á un último puesto con la resolución firme de conservarlo á toda costa. Efectivamente, poco más lejos se hallaba el desemboque de Loubino, por donde debía ganar el camino real de Moscou la segunda columna de Barclay, y si retrocedían un paso más, caería en manos de los franceses aquella posición importante. Favorable era para los rusos el terreno, pues se habían situado detrás de un arroyo fangoso y sobre una cuesta larga y elevada, cubierta de trecho en trecho de bosquillos y espesa maleza. Por un puente, que destruyeron, cruzaba el camino este arroyo, y luego atravesaba la misma cuesta por un corte practicado entre dos montecillos poblados de matorrales. Llamado por el mayor general Touczkoff III, acudió Barclay de Tolly, y al aspecto del peligro, apresuróse á atraer á aquel punto la cabeza de la segunda columna, y previno que todo acelerara su llegada. Esta cabeza consistía en ocho piezas de artillería, muchos regimientos de granaderos y alguna caballería. A la margen del arroyo y en los matorrales colocó á los cazadores, á derecha é izquierda del corte por donde

iba el camino á los granaderos, dispuso de través un destacamento fuerte, y despachó á numerosos oficiales para pedir auxilios á todas las tropas que estaban á la mano.

Llegado el mariscal Ney á esta tercera posición á eso de mediodía, resolvió tomarla. Para lograrlo empleó las dos divisiones de infantería de Razout y Ledrú, trató de trepar la cuesta coronada de artillería, y no pudo conseguirlo. Verdaderamente la empresa resentíase de muy ardua. Para tomar la posición había que forzar el camino, que bajaba algo á la derecha hacia una especie de pantano, que pasaba después el arroyo por el puente que habían destruído los rusos, y luego se elevaba en medio de matorrales, llenos de tiradores, por entre la cuesta guarnecida de tropas y de artillería. Gallardamente rechazó Ney las avanzadas rusas más allá del arroyo, pero, para pasarlo sin puente, se necesitaban refuerzos considerables. Así abrazó el partido de mandarlo restablecer á toda prisa, y de enviar á pedir socorros á Napoleón entretanto. Un fuerte cañoneo llenó el intervalo entre este combate de la mañana y el que se preparaba para la caída de la tarde.

En esto Murat, después de batir la campaña en diversas direcciones, asomó por el camino de Moscou al frente de algunos regimientos de caballería, pronto á juntarse á Ney. Encargado Junot, por consecuencia de su posición de los días anteriores, de pasar el Dnieper más arriba de Esmolensko, lo cruzó por Prouditchewo, y se hallaba sobre el flanco de los rusos. De las cinco divisiones de Davout, dos estaban en marcha por el camino de Moscou, y una, la del general Gudin, iba á llegar á tiempo. Con efecto, presentóse á cosa de las cinco de la tarde junto al pequeño puente, que acababa de ser restablecido, y en seguida tomó sus disposiciones de ataque. Pero entretanto se había perdido un tiempo muy precioso, y los rusos se habían reforzado singularmente. Barclay de Tolly había recibido casi toda su segunda columna, salvo el cuerpo de Bagowouth, retardado por el combate de Gedeonowo. Habiendo llegado los cuerpos tercero y cuarto de Touczkoff y de Ostermann á Loubino, entraron inmediatamente en línea y se dispusieron á la espalda por la derecha y la izquierda del enemigo. A lo lejos fué situada la caballería sobre la izquierda, frente por frente del punto de Prouditchewo, por donde Junot acababa de pasar el Dnieper. De consiguiente la posición se había hecho de las más arduas, pues la defendían cuarenta mil hombres y una artillería formidable. Ney sólo tenía verdaderamente disponibles sus dos divisiones de infantería de Razout y Ledrú, reducidas á doce mil hombres por los combates del día antes, y la división de Gudin que después de la toma de Esmolensko, no debía contar más de ocho mil bayonetas. Lejos estaban los tres mil jinetes de Murat sobre la derecha, procurando cruzar los pantanos, que se extendían á lo largo del Dnieper, á fin de desembocar sobre la izquierda de los rusos, y los diez mil westfalianos de Junot estaban tan embarazados por aquellos pantanos, que no era seguro que se les pudiera hacer concurrir á la general acometida.

Estas dificultades no detuvieron al mariscal Ney, ni al general Gudin. Este último se puso intrépidamente á la cabeza de su división para tomar á toda costa la especie de madriguera que se hallaba más allá del puen-

tecillo. Realmente, según se acaba de decir, se necesitaba meterse en el pantano, cruzar el puente bajo el fuego de los tiradores apostados entre los matorrales, trepar de seguida el camino por entre una garganta coronada á ambos lados de artillería, y por último desembocar sobre una meseta, donde estaban alineados los rusos en masas profundas. El general Gudin formó su división en columna de ataque, mientras el mariscal Ney con la división de Ledrú se aprestaba á apoyarle, y la división de Razout ocupaba al enemigo hacia la izquierda, y Murat, galopando con su caballería, buscaba un paso á la derecha por entre los pantanos.

Dada la señal, lanza Gudin sus columnas de infantería, que desfilan por el puente á los gritos de *viva el emperador!*, y sufren sin alterarse por el flanco el fuego de los tiradores, y de frente el de la artillería asestada á la cuesta. A paso de carga cruzan el puente, trepan la cuesta, y hallan una tropa de granaderos que les recibe con las puntas de las bayonetas. Se les echan encima, los repelen y consiguen desembocar sobre la meseta; pero allí se presentan nuevos batallones y les obligan á retroceder camino. Vuévelos el bizarro Gudin á llevar adelante, y se traba una refriega horrible entre el puente y la falda de la cuesta. Se abalanzan los hombres unos á otros, se cogen cuerpo á cuerpo y pelean al arma blanca. En medio de tan horroroso conflicto echó Gudin pie á tierra, y espada en mano, guiaba á sus tropas, cuando es herido por una bala que le rompe el muslo, y al caer designa al general Gerard para reemplazarle. Este oficial (1) de rara energía, toma el mando, y conduciendo sus soldados al enemigo, trepa la cuesta nuevamente, y asoma otra vez sobre la meseta. Ney le apoya con la división de Ledrú, y parecen dueños de la posición; mas para disputársela avanzan nuevas tropas rusas, y es de temer que se la arranquen de nuevo.

Durante este tiempo Murat, que para desbordar la posición acude á la derecha, halla á Junot trasladado más allá del Dnieper, aguardando órdenes que no le llegan é incurriendo en el error de no suplirlas. Murat le estrecha á que marche, para coger de revés la larga cuesta que en vano se esfuerzan Ney y Gerard por ganar de frente. Por desgracia, atacado Junot á causa de los fuertes calores de la enfermedad de que había de morir, y era consecuencia de la herida recibida en Portugal en la cabeza, no tenía su vigor de costumbre. Vacilando trata de cruzar el terreno pantanoso que le separa del enemigo, y de abrirse paso echando faginas en el lodo. Murat carga violentamente á la parte de la caballería rusa que se halla á su alcance, pero sobre aquel terreno no puede hacer los oficios de la infantería. Vuelve á estrechar á Junot, grita, se arrebata sin lograr hacer el terreno más sólido, ni á Junot más diligente.

A pesar de todo, hacia el punto principal toca á su fin esta lucha encarnizada. Queriendo probar el último esfuerzo, lanza Barclay de Tolly la bizarra división de Konownitsin sobre las divisiones de Gudin y Ledrú, mandadas por Gerard y Ney, á fin de desalojarlas de la meseta de que han logrado apoderarse. Gerard y Ney reciben la acometida, un instante ceden á su violencia,

(1) Es el mismo á quien bajo el nombre de mariscal Gerard ha honrado la generación actual con justicia. (N. del A.)